LA BICICLETA AMARILLA

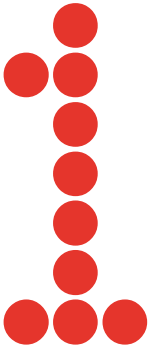
TÀNDEM edicions

Los coleccionistas de vidrio

Aurora Rua
Ilustraciones: Paula Alenda







La casa azul

Andrés era hijo, nieto y bisnieto de pescadores, y aún más, hasta donde se perdía la memoria. Vivía en una casita pintada de azul, junto al puerto, y su mundo olía a salitre, a brea, a mar.

Su madre falleció poco tiempo después de que él naciera, por una complicación surgida a causa del parto, y, pocos años después, una ola despiadada engulló el barco en que su padre y su tío faenaban, y nunca regresaron. Él era muy pequeño cuando el naufragio, que dejó desamparadas a muchas familias del pueblo, y tan solo conservaba recuerdos vagos de su padre: un sombrero de lana azul oscuro calado hasta las cejas, unas manos ásperas y curtidas que le acariciaban las mejillas, unos ojos tristes que cuando le miraban se llenaban de olas…

La tragedia fue mucho peor para el abuelo, que perdió a sus dos hijos a un tiempo, de un solo golpe de mar. Desde entonces, jamás había vuelto a embarcarse, ni siquiera para dar una vuelta en su barca de pesca, que, después de tanto tiempo abandonada en el muelle, estaba podrida y semi-



hundida en el agua. Lo más que se acercaba al mar era para pescar en la escollera, y pasaba las horas junto a la caña, esperando paciente a que los peces picaran, con la mirada perdida en el horizonte.

Abuelo y nieto vivían en la casita azul junto al puerto, y pasaban a duras penas con la humilde pensión de jubilación que el primero recibía cada mes, y pocos lujos o caprichos podían permitirse, más bien, ninguno.

—¿Somos pobres, abuelo? –le preguntó un día el niño al llegar a casa.

—¿Pobres? ¿De dónde has sacado semejante idea? Nada necesitamos y nada debemos.

—Los chicos del pueblo me han dicho que soy pobre y que por eso no tengo bicicleta.

—¿Para qué ibas a necesitarla? Cuentas con tus piernas. Piensa en los que están peor que tú…

Andrés sabía a quien se refería el abuelo: a Joaquín. Joaquín era su mejor amigo desde párvulos y le daba la impresión de que en su casa estaban bastante peor. Su madre cosía y remendaba para

las señoras del pueblo, y su padre gastaba en vino todo cuanto ella no había sabido esconder con suficiente ingenio. Muchas eran las noches en que Joaquín se acercaba a casa de Andrés a la hora de la cena, y el abuelo, adivinando su estómago vacío, le ponía un plato de sopa o de caldereta. Consciente de que probablemente era la única comida decente que el niño hacía al día, el abuelo ordenó a Andrés que en lo sucesivo pusiera la mesa para tres.

Andrés y Joaquín acudían a la escuela del pueblo cada mañana temprano. Andrés destacaba en Ciencias y en Matemáticas, y Joaquín, en Lengua y Literatura. Por las tardes, en la mesa de la casita azul, hacían juntos los deberes y después salían a jugar a la plaza junto a los demás niños del pueblo, a veces al fútbol, otras al escondite o a "Churro va".

En una ocasión, el padre de Joaquín se acercó hasta ellos cantando y bailando, con la cara colorada, y los niños lo convirtieron en objeto de sus burlas. Se rieron de él y le hicieron dar vueltas

interminables hasta que el hombre trastabilló y cayó de culo sobre el suelo adoquinado. Joaquín escapó de allí a todo correr, y por más que Andrés lo buscó durante horas por todo el pueblo, no consiguió encontrarlo. Ni siquiera se presentó en casa a la hora de la cena, y el abuelo y él miraban su plato vacío en silencio. A la mañana siguiente, el abuelo preparó dos bocadillos de sardinas para el almuerzo.

—Este para ti, y este para Joaquín.

Desde que ocurrió aquello, Joaquín no quiso volver a jugar a la plaza junto al resto de niños, y decidieron hacerse exploradores. Cada tarde elegían un destino y, con dos palos que les servían de báculo y que guardaban tras la puerta, marchaban al monte a inspeccionar cada sendero, o a las calas próximas, trepando por las rocas como cabras montesas. A veces volvían a casa con los bolsillos llenos de moras, o con granadas silvestres, que el abuelo les enseñó a pelar con cuidado y que, aunque dejaban las uñas negras, estaban deliciosas espolvoreadas con azúcar.

Las tardes en que hacía mal tiempo, se quedaban en casa jugando a las cartas o al dominó con el abuelo y el señor Mauricio, otro anciano del pueblo que también había sido pescador, como la mayoría, y que tenía el pelo blanquísimo y los ojos de un azul casi transparente, según decía a los niños, por haber pasado tantas horas en el mar. Andrés y Joaquín no entendían al principio cómo era posible que sus contrincantes tuvieran una suerte tan prodigiosa al repartir fichas o cartas: no había forma de ganarles. Pero, con el tiempo, fueron descubriendo que los dos abuelos utilizaban un complejo sistema de signos y señales: hacían trampas. Un carraspeo, un suspiro repentino, rascarse una ceja o llevarse la mano a la cabeza… Eran movimientos aparentemente inofensivos, pero que resultaron estar cargados de significado. Así que decidieron crear su propio código secreto de señales casi imperceptibles. Pero eran tan sutiles que muchas veces el compañero no se enteraba de que se habían hecho. Seguían sin poder ganar y solo consiguieron que los abuelos se partieran de risa viendo sus muecas y aspavientos.

Pero los días en que el tiempo se ponía realmente feo, el señor Mauricio no podía venir. Su hija (a la que él llamaba "la sargenta") le prohibía salir de casa. Una tarde en que miraban aburridos la lluvia por la ventana, el abuelo sacó uno de los libros apilados en la estantería. Eran viejos libros de aventuras que habían pertenecido al padre y al tío de Andrés. Como siempre habían estado ahí, jamás habían reparado en ellos. El abuelo empezó a leer en voz alta:

—*Los tres mosqueteros,* de Alejandro Dumas…

Bastaron pocos días de lluvia para que D'Artagnan y los mosqueteros se hicieran parte de la familia. Se turnaban leyendo, cada uno un capítulo, y por la mañana, en la escuela, comentaban las pérfidas intrigas del cardenal Richelieu y aventuraban los desenlaces. Volvían a casa corriendo a hacer los deberes, el abuelo les había prohibido tocar el libro mientras no estuvieran hechos, y en cuanto los acababan, devoraban tan ávidamente las páginas del libro como las meriendas. Incluso algún día en que salió el sol, el

abuelo tuvo que empujarlos afuera a que les diera el aire.

Un día, durante una lectura en la escuela, surgió la palabra *coleccionismo,* y la maestra preguntó qué significaba aquel término.

—Es coleccionar cosas –contestó uno.

—Muy bien –confirmó la maestra–, ¿pero qué es *coleccionar?*

—Pues, que te guardas cosas que te gustan.

—Exactamente, ¿y con qué finalidad?

—Pues… solo porque te gustan. Yo colecciono coches de carreras, los tengo expuestos en mi mesa y me gusta verlos.

—¡Yo colecciono cromos de fútbol! –gritó uno.

—¡Y yo monedas de otros países! –saltó otro.

Se armó un gran revuelo y la clase, entusiasmada, hablaba de sus tesoros secretos: tebeos, muñecos y naves de *Star Wars,* ajedreces…

—¿Y tú, Andrés?

—Yo… tengo una colección de libros de aventuras que perteneció a mi padre.

—Esa es una colección preciosa y la puedes seguir ampliando, hay infinidad de libros maravillosos. ¿Y tú, Joaquín?

Joaquín permanecía callado y cabizbajo, avergonzado, él no coleccionaba absolutamente nada.

—Nada…

—Pues es un buen momento para comenzar una colección, no es necesario que sea de cosas valiosas o con un uso concreto. Puede ser de cualquier cosa, cualquiera que para ti sea bonita, que te guste guardar y admirar…

—Podría coleccionar chapas o posavasos de los bares —intervino uno haciendo surgir la carcajada general.

Joaquín se levantó como un rayo y le propinó una patada en la espinilla con todas sus fuerzas, y, antes de que la profesora pudiera siquiera reaccionar, salió corriendo de la clase, que se había sumido en el más absoluto silencio. Tan solo se oían los gemidos lastimeros del bocazas:

—Me ha hecho daño, señorita…

—Menos del que tú le has hecho a él.

Andrés buscó a su amigo al terminar las clases. Había vuelto a desaparecer sin dejar rastro, como aquel otro día. Regresó a casa y contó al abuelo lo ocurrido. El abuelo se quedó serio y silencioso durante toda la tarde, y Andrés, tras acabar los deberes, cogió un nuevo libro de la estantería titulado *La isla del tesoro.* No podía seguir la lectura de *Los tres mosqueteros* sin Joaquín.

Pero, poco antes de sentarse a cenar, oyeron unos golpecitos en la puerta y se miraron sonrientes.

—Pon su plato –susurró el abuelo dirigiéndose a abrir.

Ninguno comentó nada de lo ocurrido; se limitaron a hablar del tiempo y de que parecía avecinarse tormenta para el fin de semana.

—Vaya rollo, no podremos salir a explorar.

—Podéis explorar tras la tormenta –sugirió el abuelo–. Es el mejor momento, las olas arrojan tesoros ocultos a la orilla, como éste.